

Herta Müller

El rey se inclina y mata

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

La flor roja y la vara

Las reuniones de los consejos, donde la gente, durante la dictadura, pasaba la mayor parte de su tiempo, ofrecían una clarísima imagen de cómo el habla se veía afectada en la sociedad vigilada de Rumanía. Y no sólo, probablemente, en esa dictadura. Los oradores habían perdido cualquier rasgo medianamente auténtico, cualquier sombra de personalidad propia, cualquier gesto individual, hasta el más insignificante. Yo veía y oía hablar a figuras intercambiables que se habían alejado del individuo para adoptar el automatismo de un cargo político y así cumplir con las exigencias para hacer carrera. En Rumanía, toda la ideología del régimen estaba vinculada al culto a la persona de Ceaușescu. Con el mismo método que utilizaba el párroco de mi pueblo cuando, siendo yo niña, pretendía meterme en la cabeza el temor de Dios, los funcionarios difundían su religión socialista: *hagas lo que hagas, Dios te ve, es infinito y omnipresente*. La inagotable profusión de retratos del dictador, ubicuos, se reforzaba con el efecto de su voz. Mediante horas y horas de retransmisión diaria de sus discursos por la radio y la televisión, aquella voz flotaba en el aire como medida de control. A todo el país aquella voz le resultaba tan familiar como el sonido del viento o de la lluvia. Su prosodia, los gestos que la acompañaban, eran tan conocidos como el tupé ondulado,

como los ojos, la nariz, la boca del dictador. De igual manera, aquel continuo rumiar las mismas fórmulas era tan conocido como los sonidos de los objetos cotidianos. Pero la mera repetición de las fórmulas ya no garantizaba a los funcionarios el reconocimiento de su valor como oradores. De ahí que, en sus apariciones públicas, los funcionarios se esforzaran por imitar la gestualidad de Ceaucescu. El orador mayor del régimen no había ido a la escuela más que hasta cuarto curso, y no sólo había tenido dificultades con los contenidos de cierta complejidad o con la gramática más elemental, además, tenía un problema de articulación. En las sucesiones de vocales de distinta apertura y las acumulaciones de consonantes se le trababa la lengua y farfullaba. Él intentaba distraer la atención de aquel defecto desmenuzando las sílabas, hablando como a ladridos y sin parar de aletear con las manos. Así pues, la imitación de su forma de hablar traía consigo una deformación muy llamativa, grotesca, de la lengua rumana.

Yo solía decir por entonces que los funcionarios más jóvenes del país eran los más viejos. Porque la imitación del dictador les salía sin ningún esfuerzo, al parecer, y con mayor perfección que a los mayores. Obviamente, también les hacía más falta, su carrera acababa de empezar. Ahora bien, desde que trabajé con niños de parvulario, no pude evitar pensar que los jóvenes funcionarios no imitaban al dictador. Ellos mismos ya eran así, imitaban sus gestos porque no tenían gestos propios.

Fui maestra de guardería durante dos semanas y me di cuenta de que ya los niños de cinco años eran un perfecto calco de Ceaucescu. A los niños les chiflaban las loas al Partido y las canciones patrióticas y el himno nacional. Yo llegué a aquellos niños tras un largo periodo en el paro, porque me habían echado de la fábrica y de varias escuelas y ya no me contrataban alegando «individualismo, incapacidad de adaptación al colectivo y falta de conciencia socialista». El curso ya había empezado hacía mucho, yo cubría una sustitución de una maestra de

baja por ictericia y sin visos de reincorporarse a corto plazo. Al aceptar el puesto pensé que no sería tan terrible como en las escuelas. Un ápice de infancia quedaría en el país, el destructivo vaciado total del cerebro mediante la ideología todavía no se puede aplicar a esa edad tan temprana, los pequeños aún tienen en la cabeza las construcciones, las muñecas o los bailes. Tampoco me quedaba nada de dinero, pero sí deudas y letras del piso que pagar cada mes. Sabía que, en mi caso, no podía caer en la dependencia de quien vive de alquiler. Porque cualquier casero me habría puesto en la calle a la primera amenaza de la policía secreta. Dependía por entero de mi madre, que tenía que matarse a trabajar en su cooperativa de producción agrícola para mantenerme a flote.

El primer día, la directora del parvulario me acompañó hasta la clase para presentarme. Al entrar en el aula dijo casi en clave: «El himno». Automáticamente, los niños formaron un semicírculo, se pusieron tiesos como velas con las manos pegadas a los muslos, estiraron el cuello y miraron hacia lo alto. De las mesitas se habían levantado niños pero los que se pusieron a cantar eran soldados. Gritaban y ladraban más que cantar. Al parecer, lo importante era la potencia sonora y la postura. El himno era muy largo, le habían añadido estrofas en los últimos años. Creo que para entonces había alcanzado las siete. Después de tanto tiempo en el paro, yo ya no estaba al corriente y no me sabía la letra de las últimas estrofas. Terminada la última, el semicírculo se disolvió y, entre chillidos y golpes, los soldados firmes volvieron a ser párvulos traviesos. La directora cogió una vara de la estantería. «Sin ella no hay manera», dijo. Luego me susurró algo al oído y mandó acercarse a cuatro niños. Me dijo que me fijara bien en quiénes eran y los mandó de vuelta a sus sitios. Acto seguido me instruyó sobre los cargos de sus padres o abuelos. Un niño incluso era nieto del secretario del Partido, con ése había que tener especial cuidado, me explicó. No toleraba que le llevaran la contraria y a veces hasta había

que protegerle de los demás niños, hiciese lo que hiciese. Luego me dejó en manos del grupo. En la estantería habría unas diez varas, ramas de árbol gruesas como lápices y largas como reglas de medir. Tres estaban rotas.

En aquellos días caían los primeros copos de nieve que cuajaban aquel año, gruesos y esponjosos. Pregunté al grupo qué canción de invierno les apetecía cantar. ¿Canción de invierno? No se sabían ninguna. Entonces les pregunté por una canción de verano. Menearon la cabeza. Pues una canción de primavera o de otoño. Por fin, un niño propuso una canción que hablaba de coger flores. Se pusieron a cantar, pues, una canción en la que aparecían la hierba y la pradera. Después de todo, sí que es una canción de verano, pensé, aunque aquí no la cataloguen de esa manera. Pero en eso se quedaba todo: pasada la primera estrofa, la segunda hablaba del culto a una persona. La flor roja más hermosa se le regalaba al amado líder. En la tercera estrofa, el líder se regocijaba y sonreía porque era el mejor con todos los niños del país.

Los detalles de la primera estrofa, la pradera, la hierba, lo de coger flores... ni lo registraban sus cabezas. El propio acto de cantar, desde la primera palabra, resultaba febril, aceleraba a los niños. Cantaban cada vez más fuerte, más deprisa y bramando más a medida que se acercaban las frases de regalar la flor y de la sonrisa del líder. Aquella canción que, como concesión, dedicaba su primera estrofa al verano, impedía tomar conciencia del paisaje con el que comenzaba. Pero también impedía tomar conciencia del acto de regalar. Ciertamente es que Ceaucescu solía coger en brazos a los niños en las celebraciones de rigor, pero eran niños que habían pasado días en cuarentena para excluir cualquier posibilidad de contagio. La canción requería tener la mente en blanco al cantar. Ejercía un control absoluto del sistema por el que se regía el parvulario.

Yo me sabía algunas canciones de invierno de mi propia infancia. La más sencilla decía: «Copito de nieve, vestidito

blanco». Se la canté, les expliqué las palabras y les recomendé a todos que contemplaran cómo la nieve caía del cielo sobre la ciudad. Las caritas me miraban con gesto hermético. El asombro, ese sentimiento que nos mantiene a salvo aunque también nos dé un poco de miedo, la capacidad de ver y de oír que las imágenes poéticas fomentan y que incluso cuando nos volvemos sentimentales suponen un punto de referencia... era algo completamente ajeno para ellos porque no se le dejaba espacio alguno. La belleza de la nieve al caer, esa belleza que permite la contemplación individual desde que el hombre tiene memoria, no tenía cabida. También en este ámbito se había apeado de la historia de los sentimientos el país. Se impedía que metáforas como «vestidito blanco» o «tú que vives en las nubes» ocuparan algún espacio en las mentes de los niños. Además, la canción de la nieve les resultaba demasiado suave a aquellas mentes echadas a perder tan pronto. No sentían nada hasta que no tocaba ponerse firmes y ladrar. Verse como individuo y, desde esa base, asimilar los detalles de la propia persona y de las cosas como corresponde a una socialización civilizada, eso estaba vetado. El efecto de impedir así el desarrollo de cualquier rasgo personal era que, después resultaba completamente imposible llevar una vida como individuo, no se era capaz. Y justo eso era lo que quería el Estado: la debilidad tenía que surgir justo allí donde comenzaba la propia piel, que es demasiado fina. La manera de escapar de la debilidad que ofrecía el régimen era arrimarse a la fuerza del poder, la negación de uno mismo y el sometimiento como vía para seguir adelante. No debía dejarse ningún resquicio a la consideración de que uno era capaz de valerse por sí mismo, de que se podía vivir sin esa huida.

En aquel primer día de trabajo en el parvulario les dije a los niños que se pusieran los abrigos, gorros y zapatos porque íbamos a salir al patio a ver la nieve. La directora oyó ruido en el vestuario. Abrió la puerta de su despacho de golpe. Es que hemos aprendido una canción sobre la nieve, dije, y he pensado

que no tenía mucho sentido explicarles dentro del aula cómo caen los copos. En media hora volveríamos a entrar. «¿Qué se ha creído usted?», me gritó, «esa canción no figura en ningún programa». Tuvimos que volver al aula. Tocaban juegos y recreo y comer, luego otra vez el himno.

Lo primero que pregunté a la mañana siguiente fue si algún niño se había detenido a contemplar los copos que «viven en las nubes». La niña era yo, porque yo sí lo había hecho. Para armarme de valor y encarar el nuevo día, hasta había canturreado la canción para mis adentros de camino al trabajo. Con cierto apuro, pregunté si aún se acordaban de la canción del día anterior. Entonces, un niño dijo: «Camarada, primero tenemos que cantar el himno». Yo pregunté: «¿Queréis cantarlo o tenéis que cantarlo?». Y todos los niños gritaron a coro: «¡Sí, queremos!». Yo me plegué y les dejé cantar. Y, al igual que el día anterior, en un abrir y cerrar de ojos formaron su semicírculo, pegaron las manos a los muslos, estiraron el cuello, levantaron los ojos y se pusieron a cantar y a cantar. Hasta que dije: «Bueno, muy bien, ahora vamos a intentar cantar la canción de la nieve». Entonces, una niña dijo: «Camarada, tenemos que cantar el himno entero». No habría tenido ningún sentido volver a preguntarles si era porque querían, así que me limité a decir: «Pues cantadlo entero». Cantaron las estrofas que quedaban. El semicírculo se disolvió. Todos menos un niño se sentaron en sus mesitas. El niño se acercó a mí, me miró a la cara y me preguntó: «Camarada, y usted ¿por qué no ha cantado con nosotros?». Yo sonreí y le dije: «Si canto, no escucho si lo cantáis bien o no». Tuve suerte, el pequeño policía no estaba preparado para esa respuesta. Yo tampoco. Regresé a su mesita. No era ninguno de los cuatro seres superiores del grupito de privilegiados. En aquel momento me sentí orgullosa de mi mentira. Sin embargo, las circunstancias que me habían llevado a aquella mentira y cómo había sido todo me desazonaron durante el resto del día.

Cada mañana iba más a disgusto al parvulario. La incesante vigilancia a que me tenían sometida los ojos de los niños me paralizaba. Yo ya tenía claro que no podía esperar que, con cinco años, prefiriesen la canción de la nieve a las canciones del Partido. Pero al margen de toda complicidad, de manera inconsciente, instintiva, podría haberles gustado más la canción de la nieve que sus canciones de ladrar y ponerse firmes. A los más pequeños, los de tres años, estaba prohibido transmitirles nada objetivo, pero aún hubiera sido posible que les llegara algo subjetivo. Con los de cinco años, incluso la vía subjetiva resultaba imposible, era demasiado tarde. Ésa era una realidad categórica con la que me topaba día tras día. Tenían interiorizado el abuso sustancial al hombre y eran adictos a lo que venía a continuación. La destrucción ya era completa a la edad de cinco años.

Eso era una parte de lo que pasaba. La otra parte era la vara. Todos los niños, excepto los privilegiados sobre cuya ascendencia me habían informado con el fin de mantenerlos protegidos, encogían el cuello como acto reflejo en cuanto me acercaba a ellos, no importaba cómo ni cuándo. Yo no llevaba la vara en la mano pero estaban tan acostumbrados a que les pegaran que me miraban de reojo con la cara desencajada de miedo y suplicaban: «Pegar no, pegar no». Y los que, sin embargo, estaban fuera de mi alcance, gritaban: «¡Ahora verás, ahora verás!».

No utilicé la vara ni una sola vez. Consecuencia: no lograba que me hicieran caso durante más de cinco minutos seguidos, ni rogándoles que atendieran, ni dándoles explicaciones ni gritando. También para eso era demasiado tarde. El discurso hablado normal, con independencia del registro, no era un medio para entenderse. Cuando se articulan las frases como una máquina, la única manera de despertar del trance es mediante la vara.

Los niños intentaban obligarme a acallar su sed de palos. Se sentían traicionados, suspendidos en un vacío histérico porque

los palos no llegaban. Llorar a golpe de vara era lo único que les permitía sentirse personas. Eso los elevaba por encima del colectivo.

Al pasar junto a las puertas abiertas de las demás aulas oía los golpes y crujidos de las varas y oía llorar a los niños. La directora y las compañeras que pegaban con la vara, y quizá todavía más los niños, que deseaban llorar, me tenían por una incompetente, todos por el mismo motivo: para unos no quería, para otros no era capaz de utilizar la vara.

Pero también yo me sentía cada vez más incompetente. No volverme como los demás y no poder seguir siendo como era suponía para mí un conflicto irresoluble. A las dos semanas dimití.

La palabra hablada, la que surge intuitivamente en la cabeza y a través de la cual nos relacionamos los unos con los otros como algo natural no es una capacidad innata. Se puede aprender o se puede impedir su desarrollo. En la dictadura, la propia educación la inhibía en los niños. En los adultos se eliminaba allí donde quedaran reminiscencias de ella.